

Experto en la región, dice que las segundas vueltas son comunes. “En el caso de Chile, por el carácter voluntario del voto y su altísimo nivel de abstención estructural, no importa solo cuántos van a votar, sino quiénes irán”.

Por Muriel Alarcón

Si tuviera que elegir una metáfora gráfica del presente de Chile, Daniel Zovatto, analista político, autor y doctor en derecho internacional, dice que elegiría la de un parto, cuando el que está por nacer, asoma su cabeza. “Hay signos vitales positivos, pero también hay signos preocupantes. Esto va a requerir de una madre con mucha resiliencia, un padre que apoye, unos médicos muy profesionales”, dice Zovatto. “Chile vive lo que el filósofo Antonio Gramsci decía que son esos momentos donde lo viejo todavía no termina de morir ni lo nuevo termina de nacer. Es en esos períodos donde se abren muy buenas oportunidades, pero también pueden aparecer graves peligros”.

Zovatto repasa con exactitud cada hito electoral del último tiempo. Como Director Regional para América Latina y el Caribe de IDEA Internacional —Instituto Internacional Intergubernamental para la Democracia y la Asistencia Electoral basado en Estocolmo, Suecia— es un versado conocedor de la elección chilena y su lugar en el contexto latinoamericano. Si bien su oficina hoy está en Panamá, hasta unos meses atrás estuvo, por cinco años, en Santiago. Y pese al cambio de domicilio, IDEA mantuvo una sede subregional en la capital desde donde Zovatto ha colaborado continuamente con el Servel, junto a otras organizaciones, impulsando buenas prácticas para sacar adelante elecciones en pandemia.

Testigo privilegiado del caso chileno dice que “son muchos desafíos, incertidumbre y riesgo para un país que estaba acostumbrado a ser, como dijo el presidente Piñera, un oasis”. “Casi que era un país aburrido”, agrega de la era pre-estallido. “Y en un determinado momento ese país se convirtió en una serie de Netflix”.

Lo que ha venido después, agrega, es una suerte de trayectoria en donde Chile “llega al filo y luego se reconduce. El estallido social parecía que iba a ser incontrolable y luego se recondujo en el acuerdo del 15 de noviembre. Luego parecía que venía una imposición de la izquierda e independientes y salió Kast en primer lugar. Algunos dicen que el país es bipolar. Yo digo: ‘sí, puede ser, pero también puede ser el país de los frenos y contrapesos, con un final abierto’”.



Daniel Zovatto, analista político:

“En un determinado momento, Chile se convirtió en una serie de Netflix”

La relación de Zovatto con Chile es, en sus palabras, “un amor de larga data”. Se remonta al plebiscito de 1988 cuando, como director del Centro de Asesoría y Promoción Electoral, Capel, llamó a la ciudadanía a inscribirse para participar en el plebiscito. Ya en democracia, se cultivó en seminarios, auditorías, encuentros y colaboraciones con partidos políticos, la academia, sociedad civil y distintos gobiernos. Poco más de treinta años después, Zovatto dice que las circunstancias recientes impulsan en Chile un acto de auto-reflexión. “Chile se emborrachó del éxito. Y apuntó a ser Finlandia o Nueva Zelandia. Y en realidad sigue siendo América Latina. No está mal ponerte esos objetivos pero para llegar a ellos, debes hacer cambios muy profundos”.

El analista dice que, para hacerlos, “sería una locura privilegiar el orden y la seguridad por encima del cambio y, a la vez, sería poco práctico y peligroso privilegiar un cambio sin que venga acompañado de paz y orden”, asegura. “En ese balance es donde tiene que encontrarse y reestablecerse un nuevo equilibrio, un nuevo centro, que no es el centro de la etapa que ya cerró. Sería absurdo reestablecer ese viejo orden. Si logra esa tarea, que es donde está empeñado, Chile puede abrir camino y arrojar luces para otros países de la región”.

Chile, un laboratorio electoral

—¿Qué le ha llamado la atención del proceso electoral actual en Chile?

—Es un laboratorio desde el punto de vista electoral. No hay ningún otro país que, entre octubre del 2020 y noviembre del 2021, haya tenido esa cantidad y variedad de elecciones. Todas en pandemia, donde el Servel ha estado a la altura del desafío, haciendo innovaciones que no hay en ningún otro país como, por ejemplo, la doble jornada consecutiva que hubo en mayo. En América Latina no existe por el grado de desconfianza respecto a lo que pasa con las urnas en la noche. Chile innovó y lo ha hecho muy bien en ese sentido.

—¿Cómo observa la baja participación?

—Es un tema muy preocupante. Comparada con la región es muy baja. Desde que se instauró el régimen de voto voluntario en 2012, y salvo por octubre de 2020 (con casi 51% de participación), Chile ha tenido niveles, en todos los casos, por debajo del 50%. Incluso ha habido por debajo del 40%. El país debe poner muchísima atención a cómo resuelve el problema de su abstención estructural. Tiene consecuencias muy importantes en materia de legitimidad del sistema político. Las respuestas para solucionarlo no son tan fáciles como volver a implementar el voto obligatorio; no se puede llevar a la gente a votar a empujones. Requiere de una cuidadosa reflexión sobre cómo retomar el voto obligatorio, pero generando incentivos, mayor nivel de concientización y acercando a la ciudadanía a las urnas.

—La alternancia Bachelet-Piñera en el poder, ¿hacia prever este escena-

rio en segunda vuelta?

—Hasta cierto punto sí. Los 16 años de gobierno entre los dos mismos clivajes o grupos, pero con las mismas figuras, Bachelet-Piñera, estaban demostrando la incapacidad o la dificultad que tenía el sistema político para renovarse. Ese duopolio que había era el que concentraba el grueso del voto, no había nadie que le corriera con posibilidades reales por la izquierda ni por la derecha. El estallido social rompe esto (...) Y tienes una primera vuelta con la sorpresa de que las dos grandes coaliciones quedan fuera. Como anticipaban las encuestas, Boric y Kast pasan a segunda vuelta, pero con dos características totalmente inéditas en Chile. Ninguno tiene más del 30% y la diferencia entre ambos es apenas del 2%, lo cual abre la posibilidad, cuando uno mira a nivel comparado latinoamericano, de que haya una posible reversión de resultados, es decir, que el que gana en primera vuelta pierda en la segunda.

—¿Cuán común son las segundas vueltas en Latinoamérica?

—Bastante. Desde 1978, con el inicio de la tercera ola democrática a la fecha, en América Latina han habido 56 segundas vueltas. De estas 56, en 39 ganó quien había ganado en primera vuelta, es decir en el 70%. En 17 casos, equivalentes a un 30%, hubo reversión de resultados. Yo he hecho un análisis desagregado y he encontrado que 9 de los 17 casos donde hubo reversión de resultados ocurrieron cuando en la primera vuelta el resultado era con una diferencia inferior al 5%, como es en el caso de Chile. Y he visto, a su vez, que en 8 de los 17 casos, la reversión de resultados tuvo lugar cuando quien salió primero en primera vuelta obtuvo menos del 30%, como en Chile. ¿Por qué hay más posibilidades de que haya reversión cuando hay menos del 30% en ambos casos y cuando la diferencia es muy pequeña? Porque cuando sacas menos del 30%, después necesitas un montón de votos para llegar al 50% más 1. Como la diferencia es muy cerrada entre primero y segundo, está para cualquiera. Por eso creo que esta es una segunda vuelta con posibilidad de revertir resultados muy grande.

—¿Ha identificado otros patrones?

—Por lo general, en las segundas vueltas el nivel de participación electoral es baja. Salvo cuando son muy disputadas y competitivas. En ese caso, el nivel de participación electoral aumenta, como ocurrió para la reelección de Piñera en 2017. Si en la primera vuelta el nivel de participación fue del 47%, es decir similar al de esta primera vuelta, en la segunda vuelta aumentó al 49%. Mientras que cuando Bachelet fue electa en 2013, en la primera vuelta había participado el 49% y en la segunda, el 42%. Bajó porque el triunfo de Bachelet estaba bastante claro. En el caso de Chile, dado el carácter voluntario del voto y su altísimo nivel de abstención estructural, no importa solamente cuántos van a ir a votar, sino quiénes van a ir a votar. (...) En una segunda



Sería una locura privilegiar el orden y la seguridad por encima del cambio y, a la vez, sería poco práctico y peligroso privilegiar un cambio sin paz y orden”.



Si Chile logra moderarse y logra manejar este proceso, que llevará tiempo, puede llegar a ser el camino que alumbre muchos otros procesos en la región”.

vuelta, disputada por dos candidatos sorpresa, que no forman parte de la coalición que gobernó los últimos 30 años, con una diferencia mínima entre ellos, y a su vez un bajo nivel de apoyo en la primera vuelta, la única manera en que van a poder ganar es con muchos votos prestados.

Gobernabilidad desafiada**—¿Qué estrategias para tender puentes debe adquirir el presidente electo con votos prestados en un escenario tan polarizado?**

—Ver qué tipos de acuerdos hace con los partidos sentados en el Congreso, para ver cómo garantiza su gobernabilidad. Uno de los desafíos más importantes y centrales que tendrá el próximo presidente de Chile es la gobernabilidad; cómo llegar a acuerdos, llevar procesos de diálogo y negociación para reunir los votos suficientes que le permitan pasar sus leyes.

—¿Cómo se entiende la gobernabilidad democrática en este contexto?

—El próximo presidente se va a encontrar con cuatro desafíos en materia de gobernabilidad. Tiene que ver cómo articula su programa con los socios de coalición; cómo acomoda sus propuestas de reforma en la negociación con el Congreso, para tener las mayorías que necesita y avanzar con sus propuestas de reforma; cómo se relaciona los meses que tenga con la Convención Constitucional, para buscar una relación lo más armónica posible de manera tal que también, desde el Gobierno, pueda haber una sintonía fina con su trabajo, porque lo que se quiere buscar, en mi opinión, es que la Convención sea exitosa, que su trabajo conduzca a una nueva carta que termine siendo aprobada por la ciudadanía. Finalmente, cómo mantener un difícil equilibrio entre tener tranquila la calle sin perder la confianza de los mercados. Y por eso el manejo de expectativas será muy importante.

—¿Cómo se llega a ese equilibrio?

—Ese equilibrio tendrá que ir haciendo un fino balance entre mucho trabajo de comunicación para ir dando resultados, pero siendo consciente de que no se va a poder cumplir con todas las expectativas ni la demanda ciudadana. Tendrá que ver cómo dar cumplimiento en el corto plazo, cuáles son las expectativas del mediano plazo, sin perder la confianza en los inversionistas extranjeros, ni de empresarios locales porque se necesita reactivar la economía y el crecimiento económico. Si no se reactiva, si no se genera empleo de calidad, no se podrá tener una salida ordenada de esta crisis. Y se necesitará modernizar el estado para dar mejores políticas públicas de calidad, en una red de protección social, que es lo que hoy demandan chilenas y chilenos y que requiere de crecimiento económico. Esto no lo hace ningún gobierno por sí solo ni tampoco lo hará este en cuatro años. Por eso hay que ir generando ciertos consensos, donde más allá de los cambios de gobierno, ciertas líneas se mantengan. Chile debe comenzar a conciliar y a moderar,

buscar un nuevo centro.

Y advierte:

—Puede ser peligroso que Chile quede bloqueado, empantanado entre vetos recíprocos, en un empate catastrófico, donde nadie le puede imponer nada a nadie. Esto dependerá de la calidad del liderazgo político, social y empresarial.

—¿Cómo influye el “vecindario” en las elecciones del domingo?

—La región está muy heterogénea. Con candidatos de derecha, como (Guillermo) Lasso y de izquierda, como (Pedro) Castillo que dan la sorpresa. Lo único que diría que Chile tiene en común con estas elecciones es el voto de castigo al oficialismo. Además, también está la necesidad de ir a una segunda vuelta, como ha sucedido en varios países, con la posibilidad de que haya reversión de resultados y el hecho de que quien llega al poder, llega sin mayoría propia al congreso, lo cual aumenta los desafíos en materia de gobernabilidad. Pero no veo ningún determinante en el “barrio” que genere un efecto en favor o en contra de ninguno de los candidatos. No creo que el hecho de que Leopoldo López o Vargas Llosa digan que su favorito es tal candidato genere un efecto. No veo que la presencia de Macri, yendo a La Moneda, pueda realmente generar una avalancha de votos que den ventaja a Kast sobre Boric. Ni tampoco que el triunfo de Castillo pueda actuar en favor de Boric o, a modo de alarma, diciendo: “oh, cuidado, mira lo que viene” o “mira, lo que pasó con Bolsonaro en Brasil puede jugar en contra de Kast”. Hablamos de contextos muy diferentes. Si bien es una elección que no está totalmente aislada del contexto regional, en ella se juega fundamentalmente en base a las circunstancias chilenas.

—¿Qué representa esta elección para el continente?

—Si Chile logra moderarse y logra manejar este proceso, que llevará su tiempo, puede llegar a ser el camino que alumbre a muchos de los otros procesos en la región. Estamos viendo la necesidad, también, de reformar y de renegociar los contratos sociales en otros países con la combinación presente en Chile. Hay mucho malestar social, mucha demanda ciudadana. Hay una debilidad y una deslegitimización importante de las instituciones políticas. Hay que recuperar, restablecer la confianza entre ciudadanía y los partidos políticos. A su vez está la necesidad de una gobernanza eficaz y democrática, pero una democracia que no solo tenga legitimidad de origen —la chilena lo tiene, se llega al poder por elecciones libres y justas—. No solo que tenga una legitimidad de ejercicio, con división de poderes respecto al estado de derecho, a los derechos humanos, a la libertad de expresión, a la paridad de género, sino también una democracia que, con un estado moderno, y un buen gobierno, dé resultados a la gente. Eso es lo fundamental: una democracia que gobierne en democracia, pero que también dé resultados para la ciudadanía.